rácter de nuestra sociedad y constituyen un muy logrado análisis de los mecanismos de poder y de la ideología de los grupos dominantes. El cuadro de una sociedad en la cual forma y función resultan prefijadas e individualizadas por un código de dominación y que hace que los individuos, sí, los individuos, “fuera de ella se vuelvan entes impersonales, anónimos, sujetos de una oración incompleta, a la que no sabemos qué complemento ponerles” (*Prosas*, 81).

Cambio de guardia, mediante la presencia de personajes-puente y de lo azaroso de las relaciones interactanciales, marca no solamente el contrapunto entre acciones personales e interpersonales, sino también entre sus situaciones y los ambientes de los cuales proceden. Y tras de ello, la gran problemática ribeyriana, la constatación de la inestabilidad del universo axiológico de sus criaturas. Sobre todo de las valoraciones que el mundo oficial arroja sobre tales ambientes, personas, situaciones, objetos. De ahí que sus personajes se comporten de acuerdo a esta escala que privilegia valores cuyo uso es privativo de quien desea existir, mal que sea acartonado, chato, impermeable. Este reotipia que Ribeyro percibe y plasma en relato.

Estamos pues ante la presencia de una novela que intenta reflejar y someter a detenido análisis lo complejo de nuestra sociedad, en una de sus instancias. Los resultados pueden parecer amargos. Pero, no hay que olvidar que el sueño no puede reemplazar a lo concreto. Aunque la ilusión siga con interés los avatares de lo real tangible, con miras de constatar sus realizaciones o dar rienda suelta a sus posibilidades. Saludable sería recordar a Gide: “La manera con que el mundo de las apariencias se impone a nosotros y con que intentamos nosotros imponer al mundo exterior nuestra interpretación peculiar, constituye el drama de nuestra vida. La resistencia de los hechos nos invita a trasladar nuestra construcción ideal al sueño, a la esperanza, a la vida futura, en la cual nuestra creencia se nutre de

todos nuestros sinsabores en ésta”. Y recordar también, con Julio Ramón, que “en última instancia la función del novelista no es transmitir un ‘saber’ sino una ‘vivencia’” (*La caza sutil*, 80).

Esos valores que moran en pugna indetenible en nuestro novelista, la vivencia de sus contrapuestas realizaciones y el sueño con los ojos abiertos, ahitos de esperanza, son, pues, los grandes personajes que nos entrega este ejercicio vital de Julio Ramón Ribeyro.

Luis Fernando Vidal

Fernández Retamar, Roberto: *PARA UNA TEORIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA Y OTRAS APROXIMACIONES*, Cuadernos de Casa de las Américas, N° 16, La Habana, 1975, págs. 141.

La crítica literaria latinoamericana ha encarado, con particular énfasis luego de los años sesenta, la tarea de analizar y cuestionar su propio instrumental, así como la de revisar la herencia que le había ofrecido el pasado inmediato y el anterior. Este volver sobre sí misma la mirada, implica revisar la tradición crítica, pero también repensar y revalorar la función crítica.

A esa tarea se abocaron algunos de los críticos que ya venían trabajando pero, fundamentalmente, dedican parte importante de su labor, los que recién habían comenzado o comenzaban.

Varian los caminos acerca de como llegan a esa preocupación. En unos es un nuevo objeto de estudio lo que obliga a la reformulación; en otros, es la nueva realidad literaria de Latinoamérica; en algunos, los cuestionamientos o los nuevos descubrimientos que en otras partes del mundo se hacen dentro del quehacer crítico es el estímulo inicial; en otros, todavía, la toma de conciencia de una nueva situación histórica —lo que a su vez supone una diferente situación socio-cultural— gestada a partir del año clave de 1959, obliga a redefinir pautas, instrumentos y métodos.

Es cierto que no todo se ha dado en estado químicamente puro y que, en buena medida, lo determinante ha sido una suma de elementos más que la acción de un preciso factor.

En relación a lo que nos ocupa —la “aproximación” de Fernández Retamar—, lo señalado interesa para dar idea de como este trabajo se imbrica no sólo en una labor personal, sino en una preocupación generalizada en América Latina.

Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones, se agrega a los importantes textos que sobre el quehacer intelectual de Nuestra América se han producido en estos últimos años. Y no sólo a lo ya hecho, sino que se integra a la tarea que vienen realizando algunos pensadores de esta tierra nuestra en pos de una real descolonización intelectual, o por lo menos, de una sistematización del hecho crítico. Entre ellos, y de los más recientes, recordamos a los colombianos Rincón y Mejía Duque, al chileno Nelson Osorio, al argentino Noé Jitrik.

Con un caudal de lecturas rico en posiciones y en títulos, Fernández Retamar asoma y realiza la discusión de muchos puntos claves de la tarea intelectual, en particular, la literaria.

El libro recoge una serie de ensayos, prólogo, ponencias y artículos que el autor ha escrito durante los últimos años (1968 — 1974). No se trata de una sorpresa con respecto a la obra de Fernández Retamar. Textos —para sólo mencionar uno— como *Calibán* (1971) daban la categoría del pensador. Del poeta, que también es Retamar, se tiene larga noticia.

No vamos, pues, a mostrar la articulación de este nuevo libro con su producción anterior, nos interesa en cambio señalar algunos aspectos que el ensayista cubano estudia en esta oportunidad. Y apenas vamos a señalar, ya que la discusión y el análisis detenido de sus planteos son materia de ensayo mayor y no entran en las posibilidades de esta apretada nota.

Para una teoría de la literatura hispanoamericana, está organizado en dos

secciones que son dos instancias del proceso único del pensar en literatura. Dos instancias: en una, se subraya lo teórico y en otra aparece destacada la praxis que se convierte, además, en objetivo principal.

La precisión no es gratuita, ya que la labor de Fernández Retamar es lúcida y consciente. Nos referimos con esto a lo que es núcleo mismo en su planteo: la necesidad de una teoría literaria que sustente la praxis literaria. La necesidad reconocida —se podrá objetar— es cosa vieja entre los que se ocupan desde siempre del problema. Sucede, sin embargo, que Roberto Fernández Retamar reclama y desarrolla una *conciencia crítica hispanoamericana*, diferenciada de aquella, conciente o no, que se ha venido realizando entre nosotros y a propósito de nosotros.

En ese sentido, la primer sección compuesta por los ensayos: “La crítica de Martí” (1972); “Lecciones de Portuondo” (1972); “A propósito del círculo de Praga y del estudio de nuestra literatura” (1972); “Para una teoría de la literatura hispanoamericana” (1972) y “Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana” (1974), constituye un cuerpo teórico de indudable valor, que se integra a las reflexiones que otros latinoamericanos han venido desarrollando.

El punto central de su trabajo es el de la determinación de la imposibilidad de desarrollar una teoría de la literatura en general. Imposibilidad, o mejor dicho negativa peligrosidad, que conduce al idealismo o, en otro nivel, al colonialismo cultural. Al menos, tal como se ha practicado por algunos estudiosos, entre ellos el chileno Félix Martínez Bonatti, cuya obra Retamar enjuicia. Es en la brillante comunicación “Para una teoría de la literatura hispanoamericana” que desarrolla este aspecto. Y es allí donde llega a la formulación, aparentemente obvia, de que “una teoría de la literatura es la teoría de una literatura”, la que cierra la siguiente reflexión:

“La teoría de la literatura hispanoamericana, pues, no podría for-

jarse trasladándose e imponiéndole el bloque criterios que fueron forjados en relación con otras literaturas, las literaturas metropolitanas. Tales criterios, como sabemos, han sido propuestos —e introyectados por nosotros— como de validez universal. Pero también sabemos, que ello, en conjunto, es falso, y no representa sino otra manifestación del colonialismo cultural que hemos sufrido y no hemos dejado enteramente de sufrir, como una secuela natural del colonialismo político y económico”.

La propuesta de establecer “la teoría de una literatura” ha despertado reacciones varias y, en cierto modo, ha centrado la discusión teórica de la crítica literaria latinoamericana en la actualidad. Sin embargo, creemos que más que discutir si es o no posible realizar la propuesta de Fernández Retamar, —lo que lleva a reducir su planteo— es necesario reconocer la totalidad del pensamiento del ensayista cubano.

Atendiendo a esa totalidad, es que él mismo dice: “Tal pregunta nos arrastra, de inmediato, fuera de la literatura. Pues el término *hispanoamericano*, que acabamos de emplear, no es una categoría literaria”. Y aquí es donde el problema, o mejor el y los problemas que la propuesta de Fernández Retamar suscita, se aclara. No porque “caigamos” en lo histórico, sino porque con la historia llegamos al problema ideológico. O sea, llegamos o alcanzamos la conciencia de que el ejercicio de la crítica en Latinoamérica —con mayor fuerza que en otros lugares— supone una asunción ideológica clara con respecto a la situación de dependencia en que vivimos. Y a ello se llega no por el camino de la ideología —en este caso como opuesto a ciencia— sino por aquel en que el cabal conocimiento de nuestra realidad es cuestión de una teoría, sí, pero inserta en nuestra praxis. Teoría y praxis, una vez más, ligadas como elemento de una sola realidad: la nuestra.

Los otros puntos que nos interesa —al menos, mencionar— son los vinculados

con los problemas de “valoración”, de “periodización”, con la característica “ancilar” de la producción literaria de Hispanoamérica y con la necesidad de un ejercicio crítico valorativo. Y más que la necesidad, la defensa de lo que ya Reyes llamaba “corona de la crítica”: el juicio.

El planteo de Fernández Retamar no es, sin embargo, fruto de una postura ideológica —en el sentido de no-científica— pues no se trata de una declaración de principios nacida de una postura irracional. Todo lo contrario. A la defensa del juicio llega por medio del examen de la mejor tradición crítica de América —léase Martí, Reyes, Portuondo, Henríquez Ureña, Mariátegui— y de la consideración de las diferentes corrientes fundamentales que en esta materia se han desarrollado últimamente.

A la defensa del juicio —como ocurre, por supuesto, también en sus otros planteos— llega por medio del instrumento científico que es el marxismo.

La *periodización* tal como la plantea Fernández Retamar no es una nueva incursión en el debatido tema de las “generaciones” sino un *replanteo*, es decir, un cambio de presupuesto que supone una modificación del propio objeto de estudio. La *periodización* como tarea descolonizadora y, a la vez, solidaria. Cosa que realiza a partir de la valoración, entre otras, de propuestas como las de Zlata Potapova y Oldrich Belic.

Pero no sólo teóricamente trata el tema sino que en la 2ª Sección sus trabajos “Modernismo, noventa y ocho, Subdesarrollo” y “Antipoesía y poesía conversacional en Hispanoamérica” ilustran claramente una manera de periodizar. Y esto importa porque —siguiendo a Belic— la propuesta es la realización de un trabajo empírico donde “el concepto metodológico de un período no se podrá erigir en modelo abstracto”. Esto es lo que claramente lo guía en sus trabajos de la segunda sección.

En relación a la caracterización “ancilar” de nuestra literatura Fernández Retamar continúa la línea de pensamiento de Portuondo y discute los “deslindes” de Alfonso Reyes. Dice a este pro-

pósito: "Sucede, sin embargo, que la línea central de nuestra literatura parece ser la amulataada, la híbrida, la "ancilar"; y la línea marginal vendría a ser la purista, la estrictamente (estrechamente) "literaria". Y ello por una razón clara: dado el carácter dependiente, precario de nuestro ámbito histórico, a la literatura le han solido incumbir funciones que, en las grandes metrópolis le han sido segregadas ya a aquélla" (el subrayado es nuestro). La reivindicación de lo "ancilar" en literatura en general y en nuestras letras en particular nos parece uno de los planteos más interesante. ¿Acaso no ha sido un proyecto claro por parte de la burguesía la desideologización? ¿No se ha intentado eso con la imagen de pacotilla a que se ha reducido a Rubén Darío, para muchos sólo cisne y marquesa Eulalia? ¿No se hace eso cuando se reduce la problemática de la nueva narrativa a un conflicto del escritor con las palabras y los tiempos verbales?

En suma, el planteo de Fernández Retamar es claro y rico en ideas y observaciones. Cabe señalar, por último, que son trabajos como los que viene realizando Fernández Retamar los que deberían preocupar y guiar las acciones y las obras de los pensadores latinoamericanos en literatura.

Hugo Achugar

Losada, Alejandro: *CREACION Y PRAXIS. LA PRODUCCION LITERARIA COMO PRAXIS SOCIAL EN HISPANOAMERICA Y EL PERU*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1976, 290 pp.

Creación y praxis es un libro insólito, difícil, estimulante. No expone y explica un estado de conocimiento; muestra, más bien, el proceso interno de una investigación. Al poner al descubierto esta dinámica interna, que ocupa cronológicamente un período de aproximadamente cinco años, Alejandro Losada desdobra su discurso para dar razón de la

materia que quiere esclarecer, pero también, y con el mismo y hasta mayor énfasis, para poner en cuestión los principios teóricos y los recursos metodológicos que va empleando para lograr ese esclarecimiento. Por esta razón *Creación y praxis* es tanto un trabajo de crítica literaria, destinado a explicar los sistemas literarios que se producen en Hispanoamérica, cuanto una reflexión epistemológica sobre la naturaleza y problemas del conocimiento que produce la crítica literaria

Si se toma en consideración que el actual ejercicio crítico suele resentirse por la carencia de un sustrato epistemológico suficiente (o en su defecto, en el otro extremo, se deja ganar por un exceso de teorización que finalmente no revela, pues más bien oculta, el objeto que se quiere conocer), el esfuerzo de Alejandro Losada, destinado a articular una reflexión epistemológica general y un trabajo crítico concreto, tiene que ser recibido con beneplácito, especialmente si en el proceso de esa articulación cobra peso importante la adecuación del aparato teórico a los requerimientos específicos de la literatura hispanoamericana, tal como se advierte, en este caso, en las correcciones que se hacen al modelo de Lukacs para su empleo en el estudio de nuestra narrativa (p. 195 y ss).

De parte, otra y según está concebido el libro de Losada, la lectura de *Creación y praxis* propone un complejo mecanismo de crítica interiorizada, que viene a ser la autocrítica que el autor va produciendo sobre su propio discurso, mecanismo que implica un permanente esfuerzo de evaluación de los conocimientos adquiridos: así, por ejemplo, los análisis contenidos en la Primera Parte, sobre Arguedas, Ribeyro, Vargas Llosa, Scorza y Bryce, son materia de constantes reajustes en el curso del libro. Estos reajustes, que son correlativos a los distintos niveles de abstracción que emplea el crítico, determinan no sólo nuevas perspectivas, y obvios enriquecimientos, sino, también, la cancelación de ciertas visiones primarias.

Aunque se comprende y es plausible